

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SETIEMBRE. N.º 34 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

El conquistador de Méjico, por F. F. V.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—El amor de mi alma, poesía, por M.—Isabel por M. C.—Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL CONQUISTADOR DE MEJICO.

(CONTINUACION.)

La funesta ceremonia iba a proseguir; pero Hernan Cortés abriéndose paso por entre la multitud, ya se había interpuesto entre los sacrificadores y los prisioneros. Entre estos llamó extraordinariamente su atención, una joven india colocada delante de todos. Estaba de rodillas con las manos cruzadas sobre su pecho agitado por los suspiros, sus cabellos caían estendidos sobre sumórvido cuello y espalda, su semblante estaba marchito por el dolor, pero su blanco vestido, en partes descompuesto, descubría unos hombros que pudieran pasar por tipo perfecto de la belleza. Después, cuando vio acercarse hacia ella a uno de los sacrificadores, volvió hacia el caudillo español su rostro lleno de majestad, con tal ex-

presión de súplica, que Hernan Cortés rechazó bruscamente al indio que osó tocarla, manifestando así que la tomaba bajo su protección.

Un grito penetrante lanzado por el gran sacerdote y contestado por horribles ahullidos, respondió a el ademán de Cortés. Instantáneamente el templo, sus gradas y avenidas se inundaron de hombres armados que acudían al socorro de sus Dioses: cosa que hizo conocer a Cortés, que aquel lance estaba premeditado por los indios, cuya muchedumbre no dejó de causarle alguna inquietud. Todos los españoles pusieron mano a las espadas, y Cortés con el inspirador arrojo que nunca le faltaba en los momentos de peligro, asió vigorosamente al Cacique indio que presenciaba y autorizaba la ceremonia diciéndole:

—¡Una sola flecha que se dispare contra nosotros te cuesta la vida!

Trémulo el Cacique mandó a los indios que se retirasen dejando las armas, lo que algunos empezaron a ejecutar; pero Cortés gritó:

—Eso no basta. Es preciso que al instante.... ahora mismo, caigan esos ídolos causa de tantos horrores.

Pero los indios se hubieran dejado matar mil veces antes que poner sus manos en los objetos de su adoración, y no atreviéndose ni a contrarrestar a aquellos hombres tan formidables,

ni á derribar sus falsas deidades, se limitaron á manifestar su cólera y su aflicción con gritos, lágrimas y suspiros, agrupándose al rededor de sus ídolos, para defenderlos cuando menos con el obstáculo de sus cuerpos. Esto no hizo mas que irritar á Hernán Cortés, que no queriendo retroceder en aquel empeño, gritó colérico:

—Abajo esas imágenes del diablo!

Entonces los españoles de su sequito, empleando medios violentos, aunque hijos del mejor celo y de puras intenciones, subieron prontamente las gradas del altar, atropellando y pisoteando á los indios allí arremolinados, y en cortos instantes, el ídolo grande, los chicos, los altares y los instrumentos del culto cayeron hechos pedazos en menudas astillas.

Consternados y atónitos quedaron los indios. No sabían que admirar mas, si el arrojo de aquellos hombres ó la impasibilidad de sus dioses, que sufrían tal profanación sin tomar pronta y sobrenatural venganza. Mas cuando vieron que ningún fenómeno extraordinario daba muestras de su poder, pasando de un extremo á otro con la facilidad característica de los pueblos salvajes, ellos mismos ayudaron á que desapareciesen del templo los vestigios de aquellas divinidades que miraban con desprecio, y no solo entregaron á Cortés los despojos y le hicieron dueño de todos los cautivos destinados al sacrificio, sino que se prosternaban delante de él como un sér de naturaleza superior á sus dioses. Cortés les hizo ver bien pronto á quien debían adorar, y en tanto que se limpiaba la capilla, se borraban las manchas de sangre y se quemaban los restos de los ídolos, hizo traer del campamento una imagen de la Virgen María. Al entrarla en su nuevo templo, los españoles se descubrieron la cabeza y con grandes muestras de veneración la colocaron en su altar, que no tuvo mas ornato que una profusión de flores.

—Nosotros tenemos, dijo Cortés, un Dios único y soberano que detesta vuestros ídolos y es el que nos ha dado poder para aniquilarlos. Este Dios es el que os daremos á conocer; pero entre tanto es indispensable que cuideis esa santa imagen que vá á purificar vuestro templo.

En esta capilla, fué en la que se quedó solo y en medio de los indios, para cuidar la santa Virgen, un viejecito natural de Córdoba, llamado Juan de Torres. Despues de haber peleado entre los soldados jóvenes de la expedición, quiso coronar el fin de su vida con esta resolución, en la que no se sabe que admirar mas, si la piedad ó el valor.

III.

Un hombre embozado en una ancha capa y cubierta la cabeza con un sombrero de ala levantada, de cuya presilla se desprendían algunas plumas rojas, se internaba en los solitarios bosques de América, al empezar una de las serenas noches, que tan majestuosas son en aquellos remotos climas. Su traje indicaba que era alguno de los nuevos conquistadores, que la Europa había lanzado sobre aquél suelo virgen, y su escursión á los bosques, revelaba sin duda el deseo de contemplar las bellezas de la noche y de la soledad en aquellos imponentes desiertos. La luna, cual si saliese de entre un grupo de nubes que se plegaran debajo de ella, empezaba á iluminar con su blando resplandor las frondosas copas de los robles y de los álamos gigantes, antiguos como el mundo, produciendo caprichosas sombras en los colgantes y arcos de enredaderas que se entrelazaban de un árbol á otro. Una ligera y fresca brisa hacia ondular el ramaje cuyo murmullo armornizabá con el sordo estruendo de una catarata que resonaba á lo lejos.

La grandiosidad de esta escena no era sin embargo lo que mas llamaba la atención del extranjero, que se fué acercando cautelosamente hacia la parte del bosque donde se había fijado el campamento de los indios. Al entrar los Españoles en Cholula, lo mismo que en otras ciudades importantes, no penetraban con ellos los indios que llevaban como auxiliares, que solían ser antiguos y declarados enemigos de los habitantes. Cortés había accedido á esta disposición por razones de política, así es que los indios auxiliares, aunque bajo la salvaguardia de los españoles residentes en la ciudad, solo podían acampar á vista de las murallas. Todo estaba en silencio en aquellas chozas y reducidas habitaciones, y cuando el extranjero se halla indeciso sobre permanecer allí ó pasar mas adelante, una mujer salió de una choza y se encaminó hacia él, deslizándose rápida como una sombra, sin producir el menor ruido en la hojarasca seca que había por el suelo.

—Marina! exclamó el extranjero, dejando caer el embozo de su capa, siendo entonces fácil reconocer en su varonil y severo rostro, en su bien proporcionada estatura y en la banda roja que llevaba cruzada al pecho, al formidable capitán de los conquistadores, al valeroso Hernán Cortés. Por su parte la india no estaba menos interesante: una especie de manta de algodón listada de blanco y negro, se plegaba al rededor de

su cuerpo con cierta elegancia, haciendo lucir las bellas formas de su aspecto gentil y gallardo.

(Continuad)

F. F. V.

LA PENDIENTE DEL ABISMO

(Continuacion.)

Esteban mas alarmado con aquella turbacion, siguió clavando su mirada severa é investigadora sobre el pobre Juan Manuel, que cada vez mas aturdido acrecia en turbacion y no pronunciaba una sola palabra con ilacion ni concierto.

Aquel jóven franco y leal hubiera sabido dar la vida por su jefe, hubiera sabido verter su sangre gota á gota por Marta, á quien amaba mas que á una madre: su imaginacion ruda y sencilla le hubiera quizá sugerido los medios de librarles de un peligro, de prevenir cualquiera de sus deseos, de complacerles en todo. Lo que únicamente ignoraba era el arte de mentir, era la ciencia de engañar, tan facil sin embargo y tan usual en nuestros dias.

Aquella mentira tan insignificante y tan haccedera para otro cualquiera, ponía en un grave apuro al honrado jóven, y tan grande era este, que no podia salir de él apesar de sus esfuerzos y sus propósitos.

El mas ignorante, el mas torpe de sus compañeros hubiera encontrado cien pretextos para motivar aquella salida de una hora. El no los halló y se hizo reo ante Esteban de una culpa que tan lejos estaba de cometer.

Es verdad que el jóven asistente ignoraba de todo punto la sospecha que podía pesar sobre él, pero ¿quién sabe? acaso al adivinarla se hubiera aturdido mucho mas, y el resultado hubiera sido igual siempre.

En aquel instante solo pensaba que Marta le habia suplicado que callase, que á nadie dijese la mision que le habia confiado, y él estaba resuelto á cumplir á todo trance aquel encargo; en aquella alternativa solo supo callar, aceptando todas las consecuencias de su silencio.

—Vamos, dijo al fin Esteban: es preciso que contestes? dónde has pasado ese tiempo? á qué saliste de aquí?

—Mi coronel, respondió Juan Manuel, que ya habia tomado su resolucion: mi coronel, ese es un secreto que no puedo decir á nadie, y ruego á usía que no me lo pregunte.

—¡Cómo! exclamó Esteban: un secreto!

—Que estoy resuelto á guardar.

—¿Aun de mí?

—De todo el mundo.

—No te comprendo.

—Yo no puedo explicarme mas.

—Es que entonces, si te empeñas en guardar silencio me harás sospechar que la causa....

—La causa es bien sencilla.

—Entonces....

—No la puedo decir.

—Desdichado, ignoras que esa obstinacion puede atraer sobre tí una responsabilidad terrible?

—En esa hora no falté en nada á mi obligacion, mi coronel, murmuró el jóven asistente.

—En esa hora, dijo Esteban con acento concentrado y cogiendo á Juan Manuel por un brazo: en esa hora, se ha cometido un robo en mi casa, y es preciso averiguar quién ha sido el autor,

El jóven asistente palideció densamente, gruesas gotas de sudor brotaron de su frente y sus labios temblaron de un modo perceptible.

Aquellas palabras habian abierto una profunda herida en su alma, habian sido mas terribles que una puñalada en medio de su corazon.

Esteban vió el profundo dolor que revelaron las facciones del jóven, y se sintió conmovido. Recordó su fidelidad, sus servicios de tantos años, y pensó que era imposible que Juan Manuel fuese culpable.

—Vamos, dijo, tranquilízate y averigüemos...

—¡Un robo! murmuró el asistente con acento opaco, ¡un robo! y se sospecha de mí ¡Oh! esto es muy cruel, señor coronel, esto es muy cruel.

Y una lágrima ardiente y amarga humedeció las tostadas mejillas del noble soldado.

—Cálmate, murmuró Esteban, cálmate y pensemos entre los dos... ¿Crees por ventura que yo lo sentiría menos que tú? ¿Crees que no es doloroso ver surgir la duda donde teníamos puesta la confianza? ¿crees que no es amargo verse precisado á negar la lealtad, la honradez y la buena fé, y ver en torno siempre la infamia y la falsía? ¡Oh! esto es triste, Juan, muy triste, acaso mas para el engañado que para el ingrato, porque aquel no solo sufre por la ofensa que le hacen, sino por la confianza que le roban, por el profundo vacío que le dejan en el alma!

Esteban hablaba con calor: habia querido tanto á aquel jóven, le habia tratado con tanta indulgencia, con tal bondad, que no podia avenirse

á la idea de encontrarle villano y culpable.

El joven por su parte, confiaba en su inocencia, pero sufría ante la idea de que su coronel dudase de él.

—Mira le dijo Esteban: en este secreter estaba el dinero, y nadie ha entrado, nadie: ya sabes que vivimos solos. Por otra parte, Marta no ha salido, no se ha separado de aquí, de aquí donde tú solo entras, Juan Manuel, tú solo, como solo tú sabías que yo tenía esa cantidad, por que ni á mi hijo ni á Marta habia hablado de ello. Contigo únicamente habia tenido la confianza de tratar de esto.

—Pero qué es lo que dice usía? qué es lo que ha pasado? qué es lo que falta?

—¡Lo que falta! ¡Oh! mas de la mitad, mas de la mitad de mis ahorros de tantos años, mas de la mitad de ese dinero que yo destinaba á adquirir un retiro cómodo y alegre para pasar los dias de mi vejez, con Marta, con mi esposa, y á donde iria á esperar á mi hijo, cuando las obligaciones de su carrera le permitieran ir á pasar algunos meses al lado de sus padres, á referirles sus hechos, á enseñarles sus grados, á probarles que les amaba siempre.

—¡Pero faltar esa suma!

—¡Sí! es terrible, y por eso... ¡Oh! seis mil duros! seis mil duros..... y sobre todo ignorar quien..... por que mira; la cerradura está intacta, intactos los papeles, todo... es que el ladron ha tenido tiempo, es que sabia donde...

Juan Manuel sintió un estremecimiento terrible por que adivinó la idea de su coronel.

—Es preciso, exclamó de pronto este, es preciso que me digas á donde fuistes el otro día, y cuando acabávamos de llegar: es una duda que me hace daño y que quiero aclarar: tú no tienes parientes, tú no tienes amigos, ¿á dónde fuiste, Juan Manuel, á donde fuiste? y ¿por que te empeñas en callar?

—Ya he manifestado á usía que no puedo decirlo, respondió el joven resueltamente.

—Que no puedes? pero por qué?

—En esta casa he aprendido que la palabra de un hombre es sagrada, y aunque pobre soldado, quiero conservar limpio mi honor, señor coronel!

—Y ¿no ves desgraciado, que tu honor peligra mas si sigues callando?

—Mi conciencia está tranquila, por que yo sé que soy inocente.

—Pero ¿no será bastante á vencer esa resistencia el mandato de tu jefe?

—Señor... no puedo responder mas que lo que acabo de decir. Soy inocente de ese robo, que deploro mas que usía, por que el dinero que se

pierde se puede adquirir, y la honra que se mancha, rara vez queda limpia y sin sombra. Usía puede hacer de mí lo que quiera. ¡Quizá por una de esas casualidades que dirige la providencia, saldrá de su error y recobrará la confianza en mí, que hoy está próximo á perder: pero yo jamas me consolaré de que se haya dudado una vez de mi honradez.

Aquel lenguaje enérgico y digno, enojó á Esteban en vez de calmarle.

La noble entereza de un inferior ante un superior, no puede existir en el ejército, en que solo debe el soldado obedecer y callar sumiso, segun la disciplina le prescribe.

El coronel se juzgó ofendido, creyó atrevimiento lo que era la dignidad de una conciencia tranquila, y ciego de cólera, y obedeciendo á la costumbre, mandó á Juan Manuel que se constituyera en arresto hasta que él dispusiera lo que debia hacer.

El asistente salió lentamente de la estancia, para dirigirse al cuartel, sin pensar por un momento en no obedecer aquella orden.

Sin embargo de la entereza y la resolucion que habia demostrado, el joven llevaba un mundo de dolor en el alma.

(Continuara.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Á LA SEÑORITA

DOÑA DOLORES RUIZ Y ENCISO.

EL AMOR DE MI ALMA.

«Virgen de amor solitaria
velada entre blancos velos,
en cáliz de pasionaria
lleva mi dulce plegaria
á la Reina de los cielos.

Llévale todo mi amor,
toda mi santa hermosura,
y con tu amante candor
pon á sus piés mi dolor,
y mi pena y mi amargura.

Díle que en anchos desiertos
camino errante y perdida.
y que mis pasos inciertos
se hunden en fosos abiertos
en el erial de vida.

Díle que llanto doliente
zurca mi mística megilla,
y que mi pálida frente
se dobla triste, impotente
bajo el dolor que la humilla.

Y mis lágrimas ardientes
se derraman sin cesar.
y entre las olas dolientes,
de dolores inclementes
cruzo de la vida el mar.

Sin que una madre me asista
ni de mis penas se duela,
y mi alma se contrista,
y muere como la arista
que al soplo del viento vuela.

Llora, llora, flor del valle,
dame ese dulce consuelo:
vírgen de gallardo talle,
llora tú, que el fiel detalle
sabe de mi triste duelo.»

Esto dijiste llorando,
con lágrima blanca y pura
el verde prado sembrando,
y en tus miradas dejando
ver tu profunda tristura.

Y en tu dolor extraviada
por el dolor de la pena,
al derramar tu mirada,
una luz pura y dorada
veló tu faz de azucena.

Era la luz de mis ojos
que al caer sobre tu frente,
templó tus tiernos enojos
y arrojó claveles rojos
ante tu paso doliente.

Y entonces, dulce sonrisa
vagó en tus labios de rosa,
y «soy dichosa,» indecisa
murmurante entre la brisa
perfumada y silenciosa.

Desde aquel día, en tu frente
nacarada y pudorosa,
ví desplegarse luciente,
la dicha tierna, inocente,
entre sus velos de rosa.

Y ví deslizarse bellas
las horas de tu existencia,
como las limpias estrellas
que dibujan en sus huellas,
la original inocencia.

Y de dicha, silenciosas
lágrimas se deslizaron
de sus pupilas hermosas,
mas brillantes que las rosas
que de mi pluma brotaron.

Rosas para tí formadas
en la soledad y calma,
y que en sus copas doradas,
te conservan perfumadas
el dulce amor de mi alma.

MARIA HURTADO.

ISABEL

(CONTINUACION.)

Entraron en su cuarto, y hallaron un hombre de cincuenta años, vestido de militar, y seguido de muchos oficiales. Madre é hija quedaron sorprendidas:

—Ved aquí á M. Smoloff, les dijo la aldeana tártara.

Al pronunciar estas palabras se defraudaron todas las esperanzas que habia concebido Isabel, palideció y sus ojos se arrasaron en lágrimas: Fedora admirada de la vivacidad de aquella impresion, se aproximó á su hija, y se colocó delante de ella para ocultar su turbacion. Feliz si al darla la vida hubiera podido librarla de la funesta pasion de que la creia devorada.

El gobernador mandó que se retirasen los que le acompañaban, y cuando estuvo solo con los desterrados, volvióse hacia Spinger, y le dijo:

—Caballero, desde que la prudencia de la corte de Rusia ha creído conveniente enviaros aquí, es la primera vez que visito este lejano desierto de mi gobierno; me es grato este deber, porque me permite manifestar á mi ilustre proscripto todo el interés que me inspira su desgracia, y siento que este mismo deber me impida secorrelle y protegerle.

—No espero nada de los hombres, contestó Spinger friamente, no quiero su piedad; nada espero de su justicia; feliz en mi desgracia, por que me han colocado lejos de ellos, viviré en el desierto sin quejarme.

—¡Ah! caballero, para un hombre como vos, exclamó el gobernador con emocion, vivir lejos de su patria es lo mas triste y terrible que darse puede.

—Hay un mal mayor, cual es morir lejos de ella.

No añadió una palabra mas, porque quizás hubiera brotado de sus ojos una lagrima, y el ilustre proscripto no queria mostrarse inferior á su desgracia. Isabel oculta detrás de su madre, miraba tímidamente por encima de sus hombros si el aspecto del gobernador anunciaba bondad para pedirle proteccion. Así la tímida paloma antes de salir de su nido, levanta su cabeza y mira por entre las hojas, para ver si la pureza del cielo le promete un dia sereno. Notóla el gobernador y la reconoció; su hijo le

habia hablado muchas veces de ella, y el retrato que le habia hecho no podia convenir sino á Isabel.

—Señorita, la dijo, mi hijo os conoció, y le habeis dejado recuerdos inefables.

—Os ha dicho, señor, que le debia la vida de su padre? interrumpió Fedora.

—No señora, le respondió el gobernador; pero me ha dicho que daria la suya por vuestro esposo y por vos.

—La daria, respondió Spinger, y este cariño es el solo bien que nos resta, el único que jamás podrán los hombres arrebatarnos.

Volvió el gobernador la cabeza con emocion; despues de un corto silencio volvió á hablar; y dirigiéndose á Isabel, la dijo: «Hace dos meses que estando mi hijo en Saimka, recibió orden del emperador para que marchase inmediatamente á unirse con el ejército que reunia en Livonia y tuvo que obedecer sin titubear.

Antes de apartarse de mi lado, me rogó os entregase esta carta, lo cual era imposible. No podia encargar esta comision á nadie sin comprometerme; era preciso que os la entregase personalmente, y héla aquí.

Cogióla Isabel ruborizándose: el gobernador vió la sorpresa de sus padres, y exclamó:

—¡Feliz el padre y madre cuya hija les oculta semejantes secretos!

Entonces llamó á su comitiva, y delante de ella dijo á Spinger:

—«Caballero, las órdenes de mi soberano me prescriben siempre impediros que recibais á nadie aquí; sin embargo, estoy informado que pobres misioneros que vuelven de las fronteras de la China deben atravesar estas montañas; si llaman á la puerta de vuestra cabaña para pedir hospitalidad por una noche, podeis dársela.»

Cuando el gobernador hubo partido, Isabel con los ojos bajos miraba la carta sin osar abrirla.

—Hija mía, dijo Spinger; si esperas el permiso de tu madre y el mio, para leer esa carta, te lo damos.

Entonces con mano trémula, Isabel rompió el sobre de la carta, y leyéndola en voz baja, se interrumpió muchas veces con exclamaciones de reconocimiento y de alegría. Al fin, no pudiendo contenerse, se arrojó en los brazos de sus padres:

—Ha llegado el momento, dijo; todo favorece mis proyectos; ábreme la Providencia un camino seguro; el cielo aprueba y bendice mis intenciones. Oh! padres míos, ¿no lo aprebareis y lo bendecireis como él?

Al pronunciar estas palabras, se conmovió Spinger, por que comprendió lo que iba á oír;

pero Fedora que nada sabia, exclamó al instante:

—Isabel, ¡que misterio encierra este papel!

Hizo un movimiento como para cojerle; pero su hija osó retenerle.

—Perdona, madre mia, tiemblo hablar delante de tí; nada has adivinado; tu dolor me espanta, es el único obstáculo, el solo que me hace retroceder.... Permite que no me explique mas que delante de mi padre; no estás preparada como él.

—No, hija mia, no causes lo que el destierro y la desgracia no ha podido causar, dijo Spinger; no te separes de nosotros. Ven, Fedora mia, ven; reclínate en mi pecho; si necesitas fuerzas para escuchar las palabras que vas á oír, te prestaré todas las tuyas.

Fedora desvanecida, viéndose como amenazada del rayo, sin saber por que mano, respondió con espanto:

—Estanislac, ¿qué es esto? ¿No he sostenido la desgracia con valor? No me faltará para sufrir lo que tenemos que sufrir, añadió estrechando contra su corazón á su esposo e hija, siempre que os halleis á mi lado. Quiso Isabel responder pero no lo permitió su madre.

—Hija mia, exclamó con un acento desgarrador, pídemela vida, pero no me pidas que te deje marchar.

Estas palabras demostraron que lo habia adivinado todo; no se trataba de enterarla de nada, sino de decidirla; Isabel, anegada en llanto, temblando ante el pesar y el dolor de su madre, con una voz casi apagada, pronunció estas palabras:

—Madre mia, ¿y si para producir la felicidad de mi padre te pidiese algunos dias?

—Ni uno solo, exclamó completamente fuera de sí: que felicidad tan horrible seria la que comprase con tu ausencia! No permitais ¡oh! Dios mío! que me haga semejante peticion.

Estas palabras debilitaron las fuerzas de Isabel: no sabia como decir lo que habia de afligir á su madre; presentó en silencio la carta á su padre, y le hizo señas para que leyese la carta del gobernador de Tobolsk. Estrechó Spinger contra su pecho á su mujer, diciéndola:

—Reposa aquí con confianza; este apoyo jamás te faltará. Despues con una voz, que en vano procuró esforzar, leyó la siguiente carta, escrita en Tobolsk por el joven Smoloff, fechada hacia dos meses de atraso:

«Uno de mis mayores pesares al abandonar á Saimka fué no poder instruiros de la obligacion rigurosa que me precisaba separarme de vos; no podia iros á ver, escribiros, ni enviaros las instrucciones que me habiais pedido, sin contravenir á las órdenes de mi padre, y sin comprometer su seguridad; quizá lo hubiera hecho sin

el ejemplo que acabais de darme; pero cuando acabo de saber á vuestro lado todo lo que debe el hombre á su padre, no podia arriesgar la vida del mío. A pesar de todo, lo confieso, no cumplo tan bien con mis deberes como vos con los vuestros; regresé á Tobolsk con el corazón desgarrado. Supo mi padre que una orden del emperador me llamaba mil leguas de aquí; tuve que obedecer al instante, voy á partir, Isabel; no sabeis lo que sufro. Pido al cielo que jamás lo sepais; no es justo, mientras que no seais feliz. Descubrí mi secreto á mi padre; le manifesté quién érais; ví correr sus lágrimas cuando la conté vuestros proyectos, y creo que quiere veros, y que este año visitará expresamente el círculo de Ischim. Mientras tanto, si puede, hará llegar á vuestras manos esta carta. Isabel, parto mas tranquilo, puesto que os dejola proteccion de mi padre. Os exhorto, sin embargo, que no partais antes de mi regreso; espero volver dentro de un año, y os conduciré á San Petersburgo; os presentaré al emperador, velaré por vos durante este largo viaje: no temais mi amor; no os hablaré mas de él; no seré sino vuestro amigo, vuestro hermano; y si os sirvo con toda la vehemencia de la passion, os juro hablaros un lenguaje puro, como la inocencia, como los ángeles, como vos.»

Un poco mas abajo se veia la posdata siguiente, escrita de mano del gobernador:

«No, señorita; no es con mi hijo con quien debéis partir: no dudo de su honor; pero el vuestro debe estar al abrigo de toda sospecha. Yendo á mostrar á la corte de Rusia virtudes demasiado sublimes, para que no sean coronadas, es necesario no arriesgarse á que digan que habeis sido conducida por vuestro amante, y empañar así el rasgo mas bello de piedad filial, con el que el mundo puede honrarse. En vuestra situacion, los únicos protectores dignos de vuestra inocencia, son Dios y vuestro padre: el segundo no puede seguiros, el primero jamás os abandonará. La religion os prestará sus luces y su apoyo; entregaos á ella; sabeis á quien he permitido la entrada en vuestra cabaña. Al daros esta carta, os hago árbitra de mi suerte, por que si esta carta llega á descubrirse, se creeria que habia favorecido vuestra fuga; seria perdido para siempre; pero no estoy inquieto: se á quien hago esta confianza, y todo lo que se debe esperar de una hija que se prepara casi á sacrificar su vida por su padre.»

(Continuará.)

M. C.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

CONTINUACION.

—Muchas faltan á su deber, pero eso no debe servirlos de norma: tambien el hombre que en locuras, y orgías y devaneos gasta su hacienda, derrocha su caudal, ó no se esfuerza en conservarlo, trabajando para ello, y consagrándose á su familia, roba á ésta el bienestar, roba á ésta la santa riqueza del buen ejemplo, y la paz y la dicha.... y á veces el pan! ¡Oh! cuanto me aflige pensar todo esto! cuánto lastiman mi corazón estas ideas de las que pocos se dan cuenta, y que son sin embargo una verdad tan clara y sencilla, que basta fijarse en ella para comprenderla en el instante, pero dejemos esto ya, puesto que os he probado que todos, y en todas las escalas sociales, estamos hartos expuestos á faltar á los deberes que el Señor nos marcó en los preceptos del decálogo, esa hermosa ley en que todo está previsto y analizado todo para nuestro bien.

Ya habeis visto, amigos míos, lo fácil que es atentar en el mundo á los bienes ajenos; y me es preciso hablar de otro robo moral mas infame, mas trascendental, mas irremediable que el robo material: pues el dinero, ó la hacienda, ó los bienes pueden restituirse de algun modo, pero la palabra que sale de nuestros labios, la frase que modula nuestra voz, la idea ó el pensamiento que arrojamus á los cuatro vientos de la sociedad, esa nunca se recoge, nunca se borra, nunca se extingue completamente.

¡Oh! cuántos males, cuántas desgracias, cuántas lágrimas ha producido á veces una palabra imprudente, una sonrisa intencionada, una mirada equívoca, con la cual y de un modo tan sutil como infame se ha introducido la duda en el seno de una familia honrada.

La calumnia y la mentira! Hé aquí dos verdaderas llagas sociales tan miserables como trascendentales.

La calumnia mancha todas las reputaciones, arrastra por el lodo todos los nombres, arroja su infame vaba sobre todas las frentes, y no hay nada que esté tan alto que no alcance á ello, ni luz que no empañe, ni brillo que no extinga.

La mentira! ella se alberga en todos los pechos, brota en todos los labios y se aposenta en todas las conciencias de cuantos hallamos á nuestro paso.

¿Quién dice hoy la verdad? quién se ampara bajo el manto de esa hermosa y noble hija de Dios, dada por norte al hombre, para preceder á sus palabras y ser la norma de sus acciones?

¿Quién dice hoy verdad, si en la mentira se halla el medro? ¿quién dice verdad, si la adulacion, la falsedad, y el dolo son las señoras y las reinas del mundo?

Y sin embargo, es tan despreciable la mentira! es tan repugnante la falsia! que los mismos que la usan y la practican á todas horas, se revelan contra ella y la censuran y la escarnecen.

¡Oh! nadie quiere tratar con un mentiroso; nadie se fia de un hombre que no es sincero, nadie espera nada bueno de él, ni confia en la menor de sus frases.

Dios sin embargo, nos ha dado el uso de la palabra, para mas altos y nobles fines, para alabarle y bendecirle sobre todo, para manifestarnos unos á otros nuestros sentimientos y nuestros deseos, para entendernos, para formar en fin la sociedad y vivir en ella santamente.

Pero los hombres la emplean en ofenderle, engañándose unos á otros, y perjudicándose mutuamente.

Si yo os pudiera pintar á todos con sus propios y negros colores el horror de la mentira, creo que todos la aborreceríais con el alma, y huiríais de ella como de una cosa repunante y mala: y si por sí sola es nociva y perjudicial, ¿qué será cuando vá acompañada de la calumnia? ¿qué será cuando tiene por objeto herir una honra, comprometer una reputacion, manchar un nombre?

Quereis saber las consecuencias que trae en pos una calumnia? Yo os la diré, por que lo sé perfectamente: yo os la diré, por que he visto á una víctima de ella, caer bajo su peso y sucumbir á sus infames golpes. Yo os lo diré, por que he sido testigo de uno de esos dramas secretos de la sociedad que pasan á nuestra vista pero desapercibidos casi para el mundo, que se hace á veces cómplice de los verdugos, y juez severo de las víctimas.

Vivia muy cerca de nuestra casa, y cuando yo era muy jóven aun, una niña hermosa y buena; buena como los ángeles, que no tenia en el mundo mas amparo que el de su padre, que era un anciano noble y digno, á quien la suerte se habia complacido en privar lentamente de todos los bienes, hasta del mas hermoso que Dios concede al hombre, hasta de la vista!

Habia sido rico, muy rico, tenia un título ilustre, pero por una série de sucesos estraños é inevitables, lo perdió todo! Solo le quedó su hija, su hermosa Valentina que apenas contaba diez y siete años, y que era un tesoro de virtud y bondad.

Aquella jóven vivia consagrada á su padre!

Su amor, sus cuidados, su vida entera eran para él!

Valentina tenia tambien una amiga, una amiga á quien ella trataba con toda la lealtad de su hermoso corazón, pero de la cual no era correspondida con el mismo afecto, por que Margarita, que así se llamaba, tenia un vicio repugnante y feo, un vicio que ahoga todos los buenos instintos, que mata todos los sentimientos generosos, que marchita todas las flores del alma; era envidiosa, y la belleza, y el talento y la instruccion de Valentina, la causaban un efecto terrible, por que se encontraba inferior á ella, y los elogios que la tributaban, y la admiracion de que era objeto, la hacian daño, y herian vivamente su orgullo desmedido.

CONTINUARÁ.

Enriqueta Lezano de Viichez,

GRANADA. Imp. de La Madre de Familia.